

gar á su marido diez mil duros en concepto de dote de la esposa....

—Sí, señor; pero....

—Pues, casela usted conmigo, y entréguele solo cinco mil, y se gana usted en un momento otro tanto. Este es el negocio.

—No sabemos si sera aceptada la proposicion de Lucas.

El verso que en nuestra ultima charada dice: «cuarta y primera son flores,» debe decir: tercia y primera son flores. El buen sentido de los lectores habrá advertido ya la equivocacion.

Parece que en el teatro del Circo va á ponerse en escena un arreglo del drama que tanto llama la atencion en Paris, titulado *Jean Bandry*.

Esta es efectivamente una obra dramática que merece ser conocida de nuestro público. El señor Arjona hará muy bien el protagonista de este drama que ha entusiasmado á todo Paris.

De la linea de Barcelona es de donde recibimos mas reclamaciones.

Esperamos la llegada de M. Herman para que convierta en el bolsillo de los tomadores de *El Cascabel* los cascabeles de papel, en cascabeles de metal; así les sonarán los cascabeles y podremos saber quiénes son estos aficionados al *Cascabel*, de quienes desearemos una profunda aversion al *Cascabel*.

Ya saben nuestros lectores que los annamitas hablan cantando.

Al señor Bagier, empresario del teatro Real, le han aconsejado que traiga una compañía de ópera annamita para cuando nos abandone la Patti.

Será el único medio de atraer al público, que se la guarda á la empresa del teatro Real para cuando cesen las representaciones de aquella inspirada artista.

Las personas que hallen la solucion del acertijo de nuestra suscritora, inserto en el número anterior, deben dirigirse á dicha señora, y no á nuestra redaccion, que es completamente extraña á la adivinanza de las capas.

—Por qué no hacen académico al general Ros de Olano?

—No lo son ya Nocedal y Gonzalez Bravo?

—Pues bien lo puede ser entonces el autor de *El Doctor Lañuela*, cuya obra estamos deseando elogiar.

El señor Corradi explica no sé qué en el Ateneo.

Uno de los constantes concurrentes á las catedras del Ateneo, decia anoche:

—Parece imposible que un muchacho de la edad de ese sepa tanto.

Es que el señor Corradi tiene hoy veinte años menos que el año 43.

Mucho envidiamos la salud y la frescura del señor Corradi.

Con horror leemos en un periódico: «para hacer un hueco al señor Manso....»

Dónde van á hacerle el hueco al señor Manso? ¡Qué bien se escriben los periódicos!

Un periódico ha dicho que los annamitas son muy puercos para comer, y ellos parecen que tratan de citarle á juicio de conciliacion por haber hecho notar esa cualidad como si fuera una cosa rara.

Si los hubieran llamado feos, se hubieran aguantado por la buena, porque ellos no dan valor ninguno á las prendas físicas, y dicen que el hombre y el chinito cuanto mas feo mas bonito.

El jueves estuvieron los annamitas en el teatro del Principe; lo que mas les gusto fué el baile, porque el lenguaje de los pies es para ellos el mas comprensible. A uno de ellos se le ocurrió una observacion, á propósito de las bailarinas.

—¡Qué lástima que tengan ese pelo! dijo en su idioma, y se rascó la coronilla.

Los annamitas vieron subir el otro dia el globo de Mad. Poitevin.

Parece que la han hecho proposiciones para ir á Cochinchina con el globo, con objeto de que la vea S. M. el rey de allá, á quien dicen le gustará mucho subir con ella para ver si puede tomar el cielo

con las manos, que es todo su deseo. Mad. Poitevin parece que prefiere caer entre los chinos de Chamberí, a caer entre aquellos cochinidem.

Tambien el drama *Montjoye*, de Octavio Fenillet, ha sido arreglado con destino á uno de los principales teatros.

Es una obra muy notable.

Dice *La Correspondencia* que en la calle de San Carlos hay una casa de dormir sin licencia al efecto.

—A quién se piden las licencias para dormir?

PERIODICO PARA REIR
Ustedes dirán lo que quieran, pero *Lucia* no se ha cantado como *Sonambula*. Ni la señorita Patti ni el señor Naudin han estado tan felices. De los demás no hay que hablar.

El drama de espectros que se prepara en el Circo se titula *El sueño de un malvado*.

Nos dicen que está traducido por un autor y traductor muy conocido, académico por mas señas.

Decimos lo que nos han dicho y nos lavamos las manos, que no lavárselas es muy feo.

—¿Cuándo publica el Baron de Andilla algun libro?

—Es un autor de mucho porvenir, si vive mucho tiempo, como lo deseamos.

Llama un periódico al señor Delgado el *destrozador de El tanto por ciento*.

Poco á poco el señor Delgado hizo sesenta noches ó mas *El tanto por ciento*, y nadie conoció que lo destrozaba, ni el mismo autor de la obra.

Diganos el periódico que tan cruelmente califica á un actor apreciable; sin contar al señor Romea, á quien todos concedemos el primer lugar, y que hubiera hecho aquel papel admirablemente, ha visto a muchos actores hacerlo mejor que al señor Delgado?

Nos duele que se censure á los artistas con calificaciones tan duras y descalificadas. La critica que emplea tales calificaciones ofende y nada enseña.

Recomendamos á los lectores el anuncio de nuestro *Almanaque cómico*, para el que los primeros escritores nos prestan su colaboracion, haciendo de este modo que sea un libro interesantísimo.

No podemos tenerlo impreso tan pronto como quisieramos, pero lo estará antes de fin de año.

En el *Anunciador Leonés* hemos leido las siguientes líneas, por las que se comprende que ha ocurrido ya un siniestro en la sección de ferro-carril que se inauguró días pasados con mucho champagne, y mucho brindis y mucho baile.

Dice el *Anunciador*, y no sabemos si lo han repetido los periódicos de Madrid:

«Ya tenemos en explotación el ferro-carril del Noroeste de España en su primera sección de Palencia á esta capital.

»Ya tenemos tambien que lamentar un siniestro ocurrido en la misma vía, y el cual, sino de gran consideracion, ha sido lo bastante para los pobres que sufrieron mas ó menos confusiones, en términos que al oírles no nos llega la camisa al cuerpo solo en pensar las tristes consecuencias de un descarrilamiento. Si por parte de todos los empleados no se redobla la vigilancia para que no se repitan con frecuencia tales accidentes; el público dirá, y con razón que mas vale lo malo conocido que lo bueno por conocer.

»Por eso sin duda los mayordomos y zagales están de enhorabuena.

Ya lo creo, si un dia si y otro no, se han de romper el alma los viajeros en los ferro-carriles, habrá quien prefiera diligencias, galeras, machos, pollinos y hasta el coche de San Francisco, que son los zapatos.

Recordamos que en el banquete dado por la empresa el dia de la inauguracion, el presidente brindó «porque los viajeros que atravesen aquella linea no tengan que lamentar siniestros de ninguna especie.»

Si antes lo dice, antes descarrila el tren.

Por supuesto que si un viajero se estrella, ya se ha cumplido el brindis del presidente, porque no sabemos que ningun difunto pueda lamentarse de haber muerto.

—Y ——

EL BARBERO.

Todo está compensado en el mundo. El hombre constituido en sociedad tiene por ende inmensas ventajas y grandes derechos, de que crece el nacido en los pueblos salvajes; pero cuantas mas ventajas y mas derechos le da la civilización, tantas mas necesidades le crea, necesidades que no preocupan jamás á los bárbaros, que las desconocen. Visto el epígrafe de este artículo, ya comprende el lector que una de estas necesidades que pesan sobre el hombre civilizado, es la necesidad de afeitarse.

Dichosas las mujeres que no conocen esa necesidad, aunque las hay que tienen muy buenos bigotes, como vulgarmente se dice.

El jóven imberbe suele tener hambre y sed de barbas, y el dia mas feliz de su adolescencia es aquel en que sobre el labio superior advierte una tigera sombra, que le asegura para algun tiempo despues un bigote como el de su padre. — Es que no sabe aun qué cosa es afeitarse, que si lo supiera, ese dia seria el mas triste de su vida; es que su deseo de ser hombre y tenido por tal, le preocupa de manera que olvida en sus ilusiones cuánto cuesta aquel bozo que luego se torna espesísimo bigote y enmarañada barba: es que no conoce á ningun barbero, ni puede formarse idea de lo que sufre el hombre, condenado por la civilización y por su indolencia ó su ignorancia á entregarse en manos de un barbero, que tiene el privilegio de hacer armas contra el prójimo sin ser llevado á la cárcel, ni sometido á tribunal alguno.

La naturaleza, que para invenciones caprichosas se pinta sola, quiso divertirse con el hombre, y le dio las barbas, y luego la moda y el bien parecer, y hasta el ornato público quisieron aumentar la diversion, obligando al hombre á quitarse hoy lo mismo que tendrá mañana para quitárselo otra vez y volverlo a tener pasado mañana.

El hombre se puede desprender de todo, hasta de los sentimientos mas arraigados en el hombre, pero no puede desprenderse de las barbas: un hombre acaba de afeitarse, y se pasa con satisfaccion la mano por la cara, hallándose suave y tersa, y limpia; va á visitas, ó al teatro, ó al baile, y vuelve á su casa, y al pasarse otra vez la mano por la cara, ya la encuentra áspera y sembrada de puntos negros ó blancos, que se multiplican prodigiosamente en pocas horas.

La barba, al mismo tiempo que declara la fuerza del hombre, le advierte su debilidad y su pequeña. El hombre, que tanto puede, no puede usar contra la barba otras armas que una navaja de afeitar, bajo cuyo filo vuelve á nacer invariablemente, y hasta que el hombre da con su cuerpo en tierra, la misma barba más espesa, más fuerte cada vez.

Hay muchos hombres que no tienen pelo de barba, aunque lo tengan de tontos, creerá algún barbero que estos son felices por estar indultados de la necesidad de afeitarse; pues, no, señor, son mucho mas desgraciados, porque les mortifica la idea de que se les considere hombres débiles y afeminados; pues sabido es que, a pesar de los progresos indudables de la civilización, y de que esta nos haya traído la fuerza de la razon, y pretenda desterrar del mundo la razon de la fuerza, la condición humana y las ambiciones, que se aumentan á medida que aumentan las necesidades, aseguran siempre cierta superioridad sobre el débil y pusilánime al hombre de pelo en pecho, y echado para adelante.

Pero, basta de barbas, y presentemos al barbero en escena.

Como la mayoría de los hombres se compone de gente por estremo apática e indolente, que es la que, con perjuicio propio, hace el caldo gordo á la minoría laboriosa y vivadora, cuando el hombre activo empezó á sentir la necesidad de afeitarse, el hombre perezoso sintió la necesidad de que lo afeitaran. — Y de estas dos necesidades iguales y distintas, dedujo un tercero la conveniencia en pro de sus intereses, de afeitar al segundo, halagando y esplorando á un tiempo el vicio de la pereza, que es el vicio mas español de todos los vicios.

Y este hombre fué el primer barbero, la historia no nos dice su nombre. La modestia era *in illo tempore* (y lo digo en latín, porque en español no sé en qué tiempo nació el primer barbero), compañera inseparable del trabajo y el mérito.

Ya conoce el lector al barbero, amigo del eura, que nuestro inmortal Cervantes nos presenta en su *Ingenioso hidalgo*; pues ese es el tipo mas exacto del barbero, y no hay mas que recorrer los pueblos de la Mancha para encontrar en cada uno un barbero, que parece hijo del hijo del hijo de aquel.

El barbero en esos pueblos es un personaje, si se votara una ley radical de incompatibilidades de oficios y artes y cargos públicos, el barbero del pueblo perdería toda su importancia, porque no podría ser barbero, y sacristán, y secretario del ayuntamiento, y pasante de la escuela, y algunas veces organista.

El barbero de Madrid no es mas que barbero, y lo

mas, cursante de cirujía menor, que es la condición más infama de la ciencia de curar. Cada día afeita a veinte ó treinta de sus semejantes, por un misero jornal, y un par de horas libres para asistir a catedra, y copiar ese jornal, cuidadosamente conservado, llega a reunir la cantidad precisa para la reválida, obtenida la cual queda autorizada para vivir harto trabajosamente y morirse de hambre el mejor día del año. Si otro hombre, el de más modestas aspiraciones, no esperara otra cosa mejor del porvenir, se daria a todos los demonios, y amargamente deploaría lo aciago de su suerte, y lo precario de su situación presente y futura; pero el barbero, que es filósofo, espiritual con ánimo sereno la reválida, y, convencido de que será poco y quererá ser mucho con dos males, y tener pensado en los rigores de la fortuna, rariñez está triste, y rara vez se le encuentra sin ganas de jugambina brusca, ó de echar una copla, acompañándose de una vihuela, instrumento indispensable de todo barbero.

Y es que el barbero ha nacido para ser barbero; es que en el vientre de su madre era barbero, y ablegaron á la edad en que el niño empieza á ser hombre y tiene que empezar á ser algo, la misteriosa revelación de su instinto le lleva a poner la mirada en las barbas del vecino, y la mano en la oreja, fraticidio, si el vecino es barbero, y asilique. Entre otros caprichos extravagantes, tengo el de creer firmemente que los escribanos, los veterinarios y los barberos, han nacido predestinados para esos oficios; que estos oficios no se han hecho para algunos hombres, sino que por el contrario, algunos hombres han sido hechos para estos oficios. Y no se diga que el barbero no sabe hacer otra cosa que afeitar, no, señor; el barbero canta, toca, declama y baila.

Sus instrumentos favoritos son la guitarra, la bandurria y la flauta; sus canciones son todas las caeciones populares, de que es tan pródiga nuestra España, y que no ceden, si es que no, a ventajan en poesía, sentimiento y gracia a las de los países más favorecidos por la musa popular; las comedias favoritas que representa cada mes una vez en un teatro de los llamados caseros, *El puñal del Godo*, *Verdiago* y *Sepulcral*, etc., etc., y sus bailes los famosos de Capellanes y Recoletos.

También tiene su literatura preferida, y es digna de elogio esta afición, por mas que su literatura sea la de *Maria, la hija de un jornalero*, *El palacio de los erímenes*, *El tigre del Maestrazgo*, *Los misterios de la inquisición*, *El pueblo y sus opresores*, *La bruja de Madrid*, *Los mil y un fantasmas*, *Las catadumbas* y otros libros cuyos títulos ó rótulos escitarian horriblemente los nervios de las nueve hermanas, si las nueve hermanas no estuvieran ya curadas de español con las cosazas que se ven en estos tiempos, cosas

que, aunque no son para dichas, se dirán en el curso de esta obra. El barbero está siempre enamorado; unas veces de la criada del piso principal, otras de la doncella del marqués de enfrente, otras de las modistas de al lado, y otras de la maestra. En este último caso se espone a dos males infaliblemente: a que el maestro, si esta es casada, le rompa la vihuela en las costillas, o, si es viuda, a casarse con ella, para que á lo mejor le eche en cara su pobreza, y le recuerde que por ella está establecido y tiene para comer un puchero, y que el vino con lo puesto, y que sin ella no tendría ni una mala navaja, ó en fin, para que el día menos pensado se presente otro mancebo, y como él hizo, haga el amor á la maestra, y ésta y el enemigo de su paz conyugal se echen a pensar cuán felices serían cuando al maestro se le lleven los más-mismos demonios.

El barbero no fia nunca en su eloquencia cuando está enamorado, y prefiere escribir; así es que todas las novias de barbero reciben una primera carta, que invariablemente comienza con estas palabras: — Desde el momento que tuve la dicha de ver á usted — y acaban con el consabido y sospechoso *buen fin*, y otros lugares comunes, que hasta para las mujeres suelen á puchero del enfermo y á tanto que traen ciencias.

— Las mujeres, — y esto es verdad aunque es reza mentira — no forman el mejor concepto del hombre que dice el primer día que su fin es visitar la iglesia, por mas que en esta santa casa tengan puestos los ojos casi todas las mujeres, esperando el momento de poner también los pies. Y es que la experiencia va haciendo muy incrédulas á las mujeres, y cuando alguno los dice que viene con buen fin, y con intención de doblar la cerviz y tomar estado, dicen ellas, para sus adentros, como santo Tomás bendito: «Ver y creer.» — Creo que este sistema es el mejor.

El barbero tiene también su opinión política, y hasta su sistema de gobierno, solamente que su opinión es siempre la del periódico á que está suscrito el maestro para ilustración de los parroquianos, y cuyas ideas, apreciaciones y noticias, exagera caprichosamente. Por ejemplo, dice el periódico que Garibaldi ha derrotado a 20 soldados reales, y el aumento hasta 20,000 el número de estos, dice que se ha caído de un andamio un trabajador y se ha roto una pierna; el barbero lo mata en el acto, y hasta asegura haberlo visto caer y morir. Y todo esto y muchas cosas mas, cuenta el barbero al parroquiano mientas le llena de jabón la cara, y hasta los ojos, haciéndole tragar de cuando en cuando, y mientras le recuerda el horrible martirio del glorioso San Bartolomé, raspándole los carillós hasta que salta sangre.

El pobre que contesta afirmativamente cuando el

barbero le dice: «Quiere usted que le desfiguren mucho?», tiene un cutis como la piel de un caballo ó una cara más vieja que él mismo, y quiere que se la pongan como nueva, ó sufre persecución por la justicia, y en lugar de disfrazarse, entrega el rostro al barbero para que se lo desfigure.

Pues, y cuando el barbero le mete á un artista en la boca los pecadores, dedos llenos de jabón, aceite, pomada, bandolina y humo de tabaco? Y cuando, mientras con una mano le pasa la navaja por la barba, con la otra le agarra de la punta de las narices y apenas le deja respirar? Y cuando le hace echar la cabeza atrás y en esta violenta postura acaricia la garganta con el instrumento con gran peligro de hacer una barbaridad? Y, soñín numerosas! Pues, y el pobre que está constipado, y se pone á que lo asfixien, espaciándose al primer estornudo quedarse sin decir «Jesús?»

Y si todo esto, el barbero sin cesar de hablar, y haciendo elogios de la barba de usted, por lo espeso y fuerte, y contándole á usted todo lo que sabe, y preguntando todo lo que ignora, y sobándose a usted con un esmero digno de mejor empleo,

— ¡Vaya todo esto! el barbero sin cesar de hablar, y

y haciendo elogios de la barba de usted, por lo espeso y fuerte, y contándole á usted todo lo que sabe, y

preguntando todo lo que ignora, y sobándose a usted con un esmero digno de mejor empleo,

— ¡Vaya todo esto!

Y el barbero sin poder moverse, sin poder salir de su dominio hasta que está usted sobado, rasurado, descañonado, lavado, empolvado, peinado y desollado, todo por una real de vellón y la propina.

— Si es usted más perezoso que los demás hombres y prefiere usted que el barbero le afeite en su misma casa, sufrirá lo mismo que el parroquiano de la

barbería, y mayor dosis de conversación y noticias políticas, sobre que el mancebito le levantará a usted de cascos á la doncella, y con achaque de que

es el barbero, entrará sin anunciar, y sabrá si usted come, si usted cena, si usted tiene dinero, si tiene algún belen, si conspira, si se quiere pegar un tiro, si hace cocos á la viuda de enfrente, etc.

Y si es usted ministro, ó general, ó diputado, ó director, ya puede usted prepararse para oír todos los días las instancias del pretendiente más porfiado y tenaz, y las peticiones más absurdas y extravagantes; porque, lo que el dice, como todos saben que le afeita á usted, todos creen que debe tener gran influencia, y que lo que usted no haga por su barbero, no lo hará por nadie. — Y guardese usted de complacerle una sola vez, porque entonces sus exigencias no tendrán fin, hasta que usted lo eche con cajas destempladas cuando le pida á usted para el mismo una administración de correos, ó una secretaría de Gobierno civil, ó que le den un título de médico-cirujano sin ser mas que sangrador, ó que de los siete años de la carrera le dispensen de Real orden seis y medio.

El será después enemigo irreconciliable de usted, y de usted dirá tales cosas, que habrá que taparse los oídos, pero esto es preferible al continuo martilleo de sus pretensiones, y á sus eternas conjecturas

sílos de los vestuarios, gracias á su influjo, y que me proporcionó ocasión de conocer al autor de los bailes, que era el mismo de la capa colorada, y á todo el cuerpo coreográfico: los bailarines eran todos gente franca y campuchiana, y me dieron grandes pruebas de amistad y simpatía, acompañándome al café de Venecia y á los andaluces, y permitiendo siempre que yo pagara el gasto, y ponderandome las relevantes prendas de Adela, a quien todos trataban con enviable confianza, llámándola de tu, y permitiéndose en su presencia un lenguaje no muy escogido, lo cual no me extrañó viendo que lo mismo hablaban delante de las demás, y que de bastidores adentro era cosa común y corriente aquel vocabulario especial, por mas que, segun todos los autores, en el teatro se debe usar el lenguaje mas puro, castizo, correcto y decoroso.

Llegué, en fin, amigo mío, a perder el juicio, y a no pensar en otra cosa que vivir en el teatro. No me hice bailarín, porque, en confianza, tengo las piernas lo mismo que pálillos de tambor, tan estrechas de arriba como de abajo: no me hice cómico, porque nunca he sabido cortar bien el verso, y porque la única vez que trabajé allá en mis años verdes, haciendo el monge de *El puñal del godo*, en Móstoles, me dieron una silba como para mí solo; pero pense muy seriamente en hacerme empresario.

Durante un mes estuve dando tormento a la imaginación, impaciente por hallar un medio de realizar mi proyecto, pero todas mis ilusiones se desvanecían ante la triste realidad de la escasez de mis recursos.

Mi deseo se convirtió en una verdadera monomanía, y hasta el mismo juez de quien yo era indigno secretario, pudo apercibirse de mi locura, porque nada hacia á derechas en las funciones de mi cargo, y embrollaba todos los asuntos, y en lugar de papeletas de citación solía escribir títulos de bailes, ó citaciones para pase de papeles, ó listas de funciones, ó otros escudos.

Se continuará.

EL TEATRO.

(Estudio de costumbres.)

Las inscripciones que

el número podían componerse

I. DE LA CABALLERÍA.

El Caballo blanco.

(Continuación)

Este Almanaque se divide

en tres partes principales:

Aquella escena terminó, como todo en este mundo, ella y él desaparecieron muy agarraditos del brazo, y en la mejor armonía. Y también desapareció el telón de calle, para descubrir una especie de jardín, que no era el de las Espérides, en el cual volví á ver á las seis parejas de la primera parte, y entre ellas, por supuesto, la citada por mí, el infrascrito secretario. Volvieron á bailar ellas y ellos, y no lo dejaron hasta que la *Estrella de Andalucía*, acompañada de su cuyo, se manifestó en medio de tan distinguida reunión. Saludaronla los hombres con un golpe en la pandereta, y las hembras echando al aire el pie derecho, y levantando con la mano izquierda la breve falda, después de lo cual tomaron asiento unas y otros, y la heroína se preparó á lucir todas sus dotes de artista consumada, como lo hizo, bailando un monólogo, lleno de delicados pensamientos, y capaz de conmover a los mismos Eforos de la antigua Esparta. Salio despues á hacerle algunas observaciones el de la capa encarnada, y entablóse entre los cuatro pies de los dos interlocutores un diálogo muy animado, en el que cada cual echó el resto, y que debió llevar el convencimiento al ánimo de los alabarberos, porque todos manifestaron unánimemente su aprobación.

Aquel baile hubiera sido una obra completa, si

su autor hubiese tenido mas en cuenta la lógica para

el desenlace del argumento; pero terminaba con un

paso general de todos los personajes que habían in-

tervenido en la acción, lo cual era lo mismo que si

al fin de una comedia hablaran todos los actores á

un tiempo. Solo pude advertir que al empezar a caer el telón, la *Estrella de Andalucía* inclinaba el cuerpo

sobre el poderoso brazo del modisto de la capa encarnada, y se sostenia en la punta del pie derecho, dejando en el aire el izquierdo á una altura bastante

peligrosa. — Esta sería, sin duda, la moraleja.

Sali del teatro y me coloque á la puerta del escenario, esperando que mi silfide saldría para volver

á su casa. Y salió efectivamente, pero acompañada

de su respetable madre, a quien no juzgué prudente acercarme, avergonzado como me hallaba de haber instruido las primeras diligencias en el proceso entablado por la planchadora.

Segui los pasos, y pude oír lo que madre e hija

decían:

— Te han pagado, Adela? — Mi ídolo se llamaba Adela. — Dicen que mañana. — Sí, mañana! ¡Ja de san Juan!

— Pues, hija, para bailar y no ganar nada,

mas vale que te dediques al canto. — Pero, mamá, si

no sé cantar. — Bah! ¡bah! pues bien cantas en casa

todas las zarzuelas y aquello de don Simón. Verás

cómo se lo digo yo al maestro y te mete en los co

ros. Para salir allá á dar cuatro voces no hace falta

mucho. — Pues no ves que el baile nacional está per

dido? Ahora no gusta mas que el baile francés; antes

una bolera ganaba lo que quería; pero, chiqua, desde

que vinieron madama *Bu*y y madama *Foso*, y todas

esas franchutas, no se aprecia el baile, el verdadero

baile. — No vale mas un fandango, bien repiqueado,

que esos patatas, que parece que se están muriendo.

— Deja usted, madre, que ahora anda buscando

el director un *caballo blanco*, y si le encuentra nos

pagarán corriente. — Si, si, buenas están los tiempos

para *caballos blancos*.

Toda aquella noche la pasé pensando, qué podría

ser un *caballo blanco*, bien ageno, amigo mío, de que

yo había de llegar a serlo por mis pecados.

Escuso decir á usted que todas las noches que

bailaba Adela, asistía yo al teatro, pagando, por su

parte, la entrada; pero lo que no le ocultare es que

Adela se aficionó á mí, y que logré entrar en los pa-

políticas, y a la marcial franqueza con que le trató al instante mientras le tuvo por su parroquiano. Los periódicos han referido miles de anécdotas, en las que figura en primer término un barbero, y muchas podrían yo referir; pero como aquellas y estas son muy conocidas, —tal es la popularidad de los barberos,— haré gracia de ellas al lector.

Los barberos en Madrid, no son ya generalmente lo que eran antes; hoy hay muchas barberías o peluquerías lujosamente montadas, en las que se afeita a los que no saben o no quieren afeitarse ellos mismos, con aseo y comodidad; pero no por eso han desaparecido las barberías propiamente dichas, cuyos dueños son a la vez cirujanos, comadronas, y vacunan niños, y examinan nodrizas, y aplican sanguijuelas a domicilio. —Es de esperar que andando el tiempo, estos beneméritos profesores cedan las barbas del vecindario a los peluqueros, y se contengan con los resultados que les da su práctica en la obstetricia.

El barbero que será eterno será el barbero ambulante, el que lleva consigo el yelmo, o sea la vaina, el agua caliente y el jabón, y en medio de la calle o en un portal, coge a un cristiano aguador o mozo de cuerda, o pobre de solemnidad, y por cuatro cuartos, cara al sol, y seis á la sombra, se pone mas guapo que el guapo Francisco Estéban. Este barbero ambulante ha perdido ya la costumbre de llevar una nuez y meterla en la boca de los parroquianos; pero en cambio, con el agua que baña el rostro cariacontecido del primero, a quien afeita, baña el del segundo y el del último.

Para concluir diré que el barbero que yo prefiero es *El Barbero de Sevilla*.

TEATROS.

El drama *Secretos de la vida* no debía titularse así, sino como se titula en francés, *El secreto de Miss Aurora*, porque el secreto de esta señorita es suyo, exclusivamente suyo, y *Secretos de la vida* quiere decir secretos que puede tener cualquiera en el mundo, y lo que es, *El secreto de Miss Aurora* es un secreto que muy pocas mujeres tendrán, fuera de Miss Aurora. La tal Miss (no lean ustedes alto el Miss, si no quieren que el gato se les suba á las rodillas), tiene al secretico de estar casada con dos maridos: se casó con el primero, hombre de baja extracción —como si dijeramos, de la extracción de la lotería de a peseta;— y, creyendo, sin mas datos que la noticia de un periódico, que el tal marido ha fido el peñate, se casa con otro, que la quiere tanto que la perdonaría si llegara la ocasión que se casara con otro más, siempre que á él le quisiera un poquito. Por supuesto, el primer marido es un píjaro, que quiere vivir á costa de su mujer, y no trata de reclamar sus derechos mientras la desdichada le suelta los cuartos; y hasta le ofrece hacerse pasar por muerto, mediante el *cumquibus*, por decontado, para que Aurora no tenga cuidado alguno de que se divulgue el secreto de Miss Aurora. Pero como si este secreto no se divulgara no habría drama, un criado fiel que tiene el marido número 1, mata á este para cogerle los cuartos, que, escondido, ha visto que Miss Aurora le entregó. Y ya está divulgado el feroz secreto, y Miss Aurora comprometida, y hasta acusada de la muerte del píjaro marido; y Dios sabe si apretarian la nuez á Miss Aurora, si el mismo asesino, acosado por los remordimientos, que le hacen ver en medio de la noche la sombra de su víctima, no se confesase reo; después de lo cual todos quedan contentos, y el público también, porque se acaba el drama.

La aparición del asesinado en el último acto, es de sorprendente y mágico efecto, y esto es lo único notable de este drama, que el traductor hubiera hecho muy bien en reducir á tres ó cuatro cuadros todo lo mas. La ejecución vale mas que el drama. Matilde Díez dice y siente su papel como una actriz perfecta: no es esto raro para los que conocen la superior inteligencia de esta verdadera artista; y los hermanos Catalina y Pizarroso, cumplen perfectísimamente su cometido. El señor Pastrana tiene una buena cualidad, la de parecerse al señor Corradi, en que no envejece nunca; cada vez está mas joven. Damosle por esta ventura la enhorabuena.

La vuelta del Corsario escitaba justamente la atención por anunciararse como segunda parte de una de las mejores zarzuelas del repertorio, de *El Grumete*, cuyo libro es una perla literaria, y

cuya música dà la medida del genio creador, de la delicadeza de sentimientos, del buen gusto del inspirado maestro Arrieta. El éxito de la segunda parte ha sido bueno, muy bueno, para la música tan grande como el de la primera; porque la música de *La vuelta del Corsario* es de lo mas perfecto e inspirado que hemos oido. Y esto es tanto mas de apreciar, y tanto mas claramente dala medida del talento del compositor, cuanto que en esta zarzuela no le ha dado el libretista tan magníficas situaciones, tan brillantes afectos, por decirlo así, que expresar como en la primera parte, porque el libro de *La vuelta del Corsario*, aunque de gran mérito literario, como todo lo que escribe García Gutiérrez, aunque lleno de chistes y de pensamientos delicados, no está á la altura de *El Grumete*. Los caracteres se empiqueñecen en esta segunda parte: ya no inspira interés el valiente marinero, ya no encanta el donoso y travieso grumete, solo el carácter de Luisa no ha desmerecido. En la primera parte tenía la poesía del candor y la inocencia, y en esta segunda gana con la poesía del amor de esposa y madre. El final musical de la obra es de gran efecto: Arrieta ha estado muy acertado; no esperábamos menos de él, y le felicitamos muy lealmente, y también al señor García Gutiérrez, que ha luchado con todos los inconvenientes que presenta escribir una segunda parte de una obra completamente acabada y de gran éxito, y los ha vencido. Para que el lector vea como está escrita esta obra, copiamos uno sólo de los cantables.

—*Esta es la vida del matrimonio!*
—*bien puedo de ello dar testimonio.*
—*Penas y celos mi bien me dán.*
—*Pero, qué importa? Ya volverá!*
—*A la tormenta sigue la calma;*
—*luego á mis plantas vendrá á caer...*
—*y, qué he de hacer?*
—*tras que le quiero con toda el alma,*
—*soy su mujer.*

La ejecución ha sido muy esmerada, como merecía tan linda obra. La Ithuriz canta muy bien, y la Checa, Obregón, Caltañazor y Calvet, cumplen perfectamente su cometido. Con buen éxito se estrenó el viernes en el teatro de la plazuela de la Cebada, el drama *Al borde del abismo*, original del señor Rivera. Hay en esta obra, escrita sin duda con alguna precipitación, escenas de muy buen efecto, que el público aplaudió calorosamente, pidiendo el nombre del autor. Adyúntese en otras cierto desalineo que no es propio por cierto del citado autor, que ha escrito otras obras con singular esmero. Este drama, del que no podemos decir mucho, por estar para entrar en la máquina nuestro número, tiene un enemigo formidable, la ejecución, que no puede ser mas desplorable. Aquellos actores tienen sin duda el mejor deseo; pero este es infinitamente superior á sus facultades, que son bien escasas. Esta verdad puede que les ofenda; pero es la verdad y, sintiéndolo mucho, tenemos que decirlo. El drama, representado de otra manera, sería otra cosa; en esta ocasión, el poeta solo ha vencido, y puede decir que el éxito no le debe á nadie mas que á si mismo. La señora Rodríguez tuvo algún buen momento en el acto tercero.

La piececita *Quién vive?* la hace bien la citada actriz.

En el *Diario de avisos* del jueves hemos visto un sueldo en el que, á pretesto de censurar el drama *Secretos de la vida*, del que hablamos en otro lugar, se trata con injusta saña, á los hermanos Catalina. Nada debemos á estos señores, que no han representado comedia alguna nuestra, aunque es probable que á ellos la encomendemos si la escribimos, pero debemos al público la verdad, que está un poco lejos del sueldo del *Diario de avisos*. Que el drama *Secretos de la vida* es malo, ya lo decímos en nuestro articulo de teatros, y ya lo sabíamos todos, y el traductor también, antes que el *Diario de avisos* lo dijera,

pero no venimos por qué se ha de fulminar la serie de cargos que el *Diario* fulmina contra los actores de ese teatro, fundándolos en la representación de un drama de espectros. Lo malo es que el drama no sea bueno, que por lo demás, la aparición del espectro es un espectáculo muy curioso, y que nada absolutamente perjudica á la literatura ni á las tradiciones de ese ni de ningún teatro, y tanto es así, que tenemos entendido que en el teatro del Circo se prepara otro drama de espectros, por lo que felicitaremos á la empresa, si el drama es bueno y el espectro se presenta con oportunidad y gallardías al público. —Quéjase el *Diario*, entre otras cosas, de que se haya puesto en el Príncipe la comedia de magia *Los polvos de la madre Celestina*. Pues esta comedia de don Juan Eugenio Hartzenbusch tampoco perjudica á la literatura ni á las tradiciones del teatro del Príncipe; y si es pecado de la literatura poner en escena comedias de magia, ningun teatro puede enojar al vecino. En el Circo se ha puesto *La pata de cabra*, y nadie ha sospechado que la empresa cometía un delito contra las tradiciones del arte: en Variedades se hizo el año pasado *Los encantos de Brijan*, y en el mismo del Circo se va á hacer *La almoneda del diablo*; y por cierto que todas estas magias valen muchísimo menos que la del señor Hartzenbusch. El señor Catalina no desaprovecha medio de complacer al público y de hacer brillar la literatura patria. En su teatro se han hecho bajo su dirección, obras de Bretón de los Herreros, de Hartzenbusch, de Serra, de Larra y de otros muchos escritores; el año anterior se apresuró á hacer una obra del malogrado Larrea, y en su teatro abrió una suscripción para socorrer á los huérfanos del poeta; ahora García Gutiérrez le ha confiado un drama, y no es García Gutiérrez un autor que no sepa qué actores pueden desempeñar sus obras. Dice el *Diario* que aun hay comedias y autores que las escriban; ¡ojala las hubiera, y no tendrian los empresarios que recurrir á los melodramas y á todo lo que puede ayudarlas á sufragar los grandes gastos que sobre ellas pesan! —El *Diario* no concede mérito alguno al señor Catalina (don Manuel), y le trata con una dureza y un desenfado que no son, seguramente, el medio de que el público crea sincero y desapasionado al articulista. Lo mismo en la censura que en el elogio, debe el escritor usar gran sobriedad, y forma conveniente, y no traspasar ciertos límites, si quiere llevar el convencimiento al ánimo del lector. Quienes leen el sueldo del *Diario*, descubren al momento la pasión y la animosidad del autor. El señor Catalina no tendrá pretensiones de actor perfecto, pero es un actor muy apreciable, que tiene clarísima inteligencia, y que ha estrenado muchas obras, y algunas muy importantes, con aplauso del público y satisfacción de los autores. Para decir que otros actores son buenos, cosa que todo el mundo reconoce, no era necesario decir que Catalina es un mal actor. El articulista no hace mención de Matilde Díez, que trabaja en ese teatro, y que es la verdadera personificación de las tradiciones del teatro del Príncipe.

Hemos escrito este sueldo sin pasión á la empresa y al actor que defendemos, y sin sana contra el autor del párrafo del *Diario*, que nos parece ha de ser uno de nuestros amigos, pero para nosotros la razón es lo primero, y en esta cuestión creemos que el *Diario* no tiene mucha.

ALMANAQUE CÓMICO DE EL CASCABEL.

Este Almanaque, escrito por nuestros más distinguidos escritores, se publicará en diciembre próximo, y se regalará á todos los suscriptores actuales que renueven su suscripción antes de terminar el citado mes, y á todos los que se suscriban por tres meses, lo mismo en Madrid que en provincias. Estos remitirán al pagar su suscripción un sello mas por el porte del Almanaque. —Contendrá infinidad de noticias curiosas, y procuraremos en el hacer reir á los lectores.

ANUNCIOS EN EL ALMANAQUE CÓMICO DE EL CASCABEL.

La gran publicidad que tiene este periódico y el precio que pondremos al *Almanaque cómico*, nos permiten asegurar á los anunciantes que los anuncios que se inserten en el mismo serán leídos por mas de 24,000 personas. Hemos fijado la tirada en 30,000 ejemplares.

Se reciben anuncios de Madrid y de provincias para insertarlos en el *Almanaque cómico*, a medio real linea, en la ADMINISTRACIÓN DE EL CASCABEL, calle de Jardines, núm. 11, librería, desde hoy hasta el 24 de diciembre inclusive.

Por lo contenido en este número.
F. Pérezagua.

Editor responsable, D. Francisco Pérezagua.

Imprenta de Manuel Minuesa,
calle de Juaneto, núm. 19.